

ROBERTO ESPOSITO *Las personas y las cosas*, **Katz Buenos Aires, (2016)**

Si existe una distinción naturalizada en nuestro tiempo es aquella que mantiene separadas a las personas de las cosas; una persona es una no-cosa y una cosa es una no-persona. El libro que aquí reseñamos apunta a cuestionar esta afirmación.

El primero de los tres capítulos que componen este breve y valioso libro se titula “Personas”. Esposito comienza con los fundamentos de esta división, provenientes de la antigua Roma, donde algunos individuos –sin dejar de ser personas– se veían reducidos a la esclavitud y por ende rebajados al *status* de la cosa. Todos en algún momento de la vida –como en la infancia o en caso que se convirtiesen en deudores– se encontraban en un estado de cosificación, sujetos a la voluntad casi ilimitada de otros hombres (fueran padres o deudos). Desde entonces la relación de los hombres con las cosas determinan la relación de ellos entre sí; el poder es ante todo la capacidad de hacer uso de las cosas, de apropiarse de ellas y así dominar a quienes se han apropiado de menos.

En el siglo XX le asignamos el calificativo de persona autónoma a quienes se encuentran en pleno dominio de la parte animal que nos habita a todos. Esposito (2016) afirma que “la categoría de persona es aquello por lo cual una parte del género humano, pero también de cada hombre, se ve sometida a otra” (p. 34). Así, lo que en el derecho romano era una división funcional, en la teología cristiana, el liberalismo y el personalismo del siglo pasado, constituye una división ontológica. El cuerpo en la tradición liberal -heredera de la teología cristiana- asume las propiedades de la cosa.

En el pensamiento cristiano es fundamental la división entre cuerpo y alma (lo humano y lo divino, lo corpóreo y lo espiritual), dando primacía al segundo término de la díada. En la filosofía moderna, el individuo en el que piensa Locke es consciente de las consecuencias de sus actos, lo que lo convierte en jurídicamente imputable. Kant avanza esta línea, estableciendo una diferencia de esencia entre la parte animal y la racional cosificando la primera. En esta lógica, que Engelhart y Singer extreman, es posible distinguir entre un ser humano y una persona. Los viejos, los enfermos, los niños, no son plenamente personas pues no pueden identificarse plenamente como “agentes morales”.

El segundo capítulo, “Cosas”, sostiene que así como el hombre necesita producir cosas para existir, las cosas existen a partir del sujeto y su poder creativo, y que éstas, tal como las pensamos, se ven reducidas a objetos desmaterializados y serviles.

En la filosofía de Platón la cosa se divide entre lo que es y lo trascendente de sí misma, separando la forma de la materia. En Aristóteles se introduce una agencia (el motor inmóvil) que pone la cosa en movimiento haciéndola aparecer como una creación; “[...] al entrar en el dispositivo de representación o de producción, la cosa ahora transformada en objeto- depende del sujeto, perdiendo así toda su autonomía”, (p. 65). La ley en Kant vacía las cosas por su necesidad de generalizar, de volverlas abstractas; las cosas se desmaterializan, se vacían de contenido, se definen por el uso que las personas le dan.

Esposito ve una pulsión nihilista en el lenguaje mismo al suprimir la existencia y la singularidad de las cosas mediante su representación abstracta; “solo al perder su existencia

concreta, los seres son lingüísticamente representables” (p. 76). Enfatizar la individualidad de una cosa cualquiera requiere conocer todo lo que una cosa no es, así, las cosas existen atravesadas por la nada de la cual han sido creadas.

Marx describe la forma en que las cosas son aniquiladas por el valor económico, reduciendo algo con propiedades intrínsecas a una serie de parámetros objetivos. Así como las cosas no son más que relaciones sociales condensadas en una materialidad, cuando el hombre las convierte en mercancías, es él quien se cosifica. Con la posibilidad de reproducción infinita de las cosas que incorpora la industria, el hombre cree emanciparse del poder éstas, pero en realidad se convierte él mismo en una pieza intercambiable, reproducible y reemplazable.

Finalmente, con Baudrillard y la llegada del simulacro, los signos pasan a intercambiarse entre sí perdiendo su nexos con un referente objetivo. La Cosa (con mayúscula) se presenta sin su red simbólica que nos protege, presentándose incandescente, violenta, nauseabunda.

El tercer y último capítulo se llama “Cuerpos”. Aborda el problema de nuestro léxico jurídico, filosófico y político que se basa en la división entre personas y cosas sin atender a la especificidad del cuerpo como mediador.

Fuera del derecho, que omite al cuerpo en su especificidad y la filosofía moderna, que lo ubica en la categoría de objeto, “el cuerpo es lo que el sujeto reconoce dentro de él como diferente de sí mismo” (p.105), la mente es la que controla el cuerpo como un operario controla una máquina.

Pero hay otra línea en el pensamiento moderno, que parte de Spinoza, según la cual una mente privada de cuerpo es inconcebible. Esposito invita a abandonar el predominio de la razón, pues este “es paralelo al predominio de lo propio sobre lo común, de lo privado sobre lo público, del beneficio individual sobre el interés colectivo. Esto ocurre cuando el impulso a la inmunidad prevalece sobre la pasión por la comunidad” (p.111).

Contra los mecanismos inmunitarios que protegen del cuerpo y de lo común, pero en el mismo proceso ahogan la comunidad, el autor propone “reabrir los horizontes de la mente a la vitalidad del cuerpo” (*ibid.*, p.112). Es así que aparece -inevitable- Nietzsche, quien asoció el conocimiento con el dominio de los cuerpos, verdaderos campos de batalla de la política.

El cuerpo en Esposito es aquello que conecta los seres humanos con las cosas. Es nuestro horizonte perceptivo, precondition de la vida; “yo no *tengo*, sino que *soy* mi cuerpo” (p. 116). Por su parte, aquellas cosas que conservan un marco simbólico, están marcadas por el cuerpo, pues “llevan impreso el tacto de nuestras mano, las mareas de nuestras miradas, las huellas de nuestra experiencia” (p. 121).

Ahora bien, afirmar el valor del cuerpo y devolverlo a lo común y lo impersonal no implica naturalizarlo. Esposito busca reconectar la técnica con lo humano y la naturaleza, pues negar la técnica es negar justamente aquello que debemos desarrollar. Una perspectiva anti-esencialista que vea al hombre como un animal que fabrica su propia naturaleza, no puede negar la centralidad y la absoluta necesidad de las cosas en el mundo.

El libro cierra con un giro explícito hacia la política de masas, ya que la política, a diferencia de la filosofía y el derecho, hizo del cuerpo su eje. A la espectacularización y personalización del poder Esposito opone esa parte del cuerpo político impersonal e imposible de contener por los canales tradicionales de participación: no el pueblo como equivalente de ciudadanía, sino el pueblo plebeyo, inferior respecto de la otra parte que lo excluye de los canales de representación.

Solo si nos centramos en el cuerpo podremos revertir el proceso de despersonalización de las personas y desmaterialización de las cosas. Si tal es el caso, es preciso que renovemos desde la raíz el vocabulario (jurídico y filosófico) en el que pensamos y hacemos política.

AARÓN ATTÍAS BASSO